

Aurelio González

La Revolución en los corridos: los corridos de la Revolución

Para Vicente T. Mendoza, estudioso pionero del corrido mexicano, es sólo “cuando se cantan las hazañas de algunos rebeldes al gobierno porfirista” —en el último cuarto del siglo XIX—, que aparece verdaderamente el género que definimos como corrido. Mendoza propone que en ese momento “es propiamente el principio de la épica en que se subraya y se hace énfasis en la valentía de los protagonistas y su desprecio a la vida” (Mendoza 1954: XV), con lo cual define al corrido en una dimensión épica, descartando de hecho toda la vertiente novelésca que desde nuestro punto de vista también es parte esencial de la temática del corrido (González 1999: 83-98).

Comúnmente se aceptan varias etapas en el desarrollo del corrido, relacionándolo con el acontecer histórico: una primera que abarcaría desde sus orígenes en el siglo XIX hasta los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz, la segunda que abarcaría el periodo revolucionario hasta 1924, una tercera que culmina con el gobierno cardenista, y una última mucho más amplia que corresponde a la época contemporánea, donde en realidad desaparece el sentido épico (Mendoza 1954: XV-XVI; Pérez Martínez 1935; Aubague 1976-1977: 32-41). En forma parecida Antonio Avitia divide su amplia compilación de corridos históricos en cinco volúmenes: 1810-1910; 1910-1916; 1916-1924; 1924-1936 y 1936-1985 (Avitia 1997-1998). La vertiente épica del género, muy presente o dominante en el periodo revolucionario, obviamente implica la existencia de héroes literarios (tomados desde luego de la realidad histórica) que representan valores nacionales o que son aceptados en general por la comunidad; pero la caracterización de este tipo de personajes heroicos tiene diversas perspectivas que en muchas ocasiones tienen que ver con el momento de su composición. La desaparición de este tono y temática épicas llevó a muchos autores, creo que erróneamente, a plantear la muerte misma del género, pues definían y concebían el corrido como una manifestación

simplemente épica, siendo que —como expresión baladística que es— tiene una forma y un contenido épico-líricos.

Es indudable que para la trayectoria del corrido como expresión literaria popular, la segunda etapa a la que nos referíamos antes (la de la revolución) es de gran importancia, pues en ese momento el género literario está estrechamente entreverado con los avatares políticos y el acontecer histórico en general, pues es un momento en que la función noticiera del género aún está muy viva, así como los textos corridísticos son el cauce preferido para la expresión de valores con un sentido épico que se deriva de la crisis sociopolítica del momento. No hay que olvidar que hacia fines de 1910, todavía durante el régimen del general Porfirio Díaz, la crisis del sistema, y, con él, de su modelo de valores, el gran número de conflictos políticos, y las acciones armadas derivadas del enfrentamiento político (y la violencia que de él se derivó) crearon un auténtico clima de cambio que generó un gran número de textos literarios con sentido épico, valor informativo y función propagandística, con la exaltación de personajes que eran protagonistas de los hechos políticos o bélicos de aquellos momentos, a los que la voz popular o sus imitadores cultos y semicultos convirtieron en héroes en la literatura.

A partir de ese primer momento a fines de 1910 es que se puede hablar de la existencia dentro del género del corrido de una expresión bien definida: el corrido revolucionario, cuya temática preferida son las hazañas de los generales y caudillos revolucionarios, la toma de ciudades y, en muchos casos, la muerte en batalla, ante el pelotón de fusilamiento o a traición de estos personajes.

Lógicamente los principales personajes de la política y caudillos nacionales, aunque también muchos locales, fueron los que alcanzaron una definición heroica en el corrido revolucionario; entre ellos sin duda destacan Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón y, en otra dimensión, con rasgos más novelescos, personajes como Felipe Ángeles, Benjamín Argumedo e Inés Chávez García, este último convertido al final de su vida en bandolero muy lejos de la lucha social.

Probablemente la función noticiera del corrido hizo que en el corpus de textos corridísticos formado con el paso de los años se pueda seguir la historia y los acontecimientos del movimiento revolucionario

mexicano. Diversos trabajos así lo han entendido. Recordemos algunos:

Celestino Herrera Frimont es el autor en 1934 de una de las primeras recopilaciones de corridos revolucionarios. En su trabajo señala para algunos corridos la fuente o autor (Eduardo Guerrero, Samuel Lozano, Carlos M. Martínez, Juan Ortega, Jorge Peña), y en su prólogo trata el origen, las características, la temática y la estructura del corrido mexicano, y ofrece un somero bosquejo histórico de la revolución mexicana en relación con los corridos.

Algunos años después, en 1941, Jesús Romero Flores elabora una antología de corridos (92 textos), y en ella casi todos están referidos a la revolución iniciada en 1910, aunque incluye algunos anteriores (época porfiriana: 1879) y otros posteriores (hasta el período cardenista: 1938). En el prólogo narra brevemente la historia de varios personajes de corridos: Demetrio Jáuregui, Valentín Mancera y Macario Romero entre otros.

Más tarde, Vicente T. Mendoza (1956), en un trabajo surgido inicialmente como un curso en seis lecciones dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, proporciona una relación detallada de los principales hechos, personajes y etapas revolucionarios, así como de los corridos alusivos a ellos. El estudio abarca el período comprendido entre el Porfiriato y la expropiación petrolera (1938), y toca los movimientos fundamentales de la Revolución mexicana (Maderismo, Huertismo, Carrancismo, Obregonismo, Villismo, Callismo). Mendoza destaca la importancia del papel del corrido en la gesta revolucionaria como vocero de los marginados, detractor de la clase explotadora y los gobiernos injustos, y exaltador de triunfos y héroes, para lo cual se apoya en 107 corridos.

Merle E. Simmons, en una obra ya clásica publicada en 1957, explícitamente se propone interpretar algunos aspectos importantes del México moderno por medio de los corridos y canciones narrativas que se cantaban en México desde 1870. Los textos que utiliza (228 corridos) provienen de los cancioneros y hojas volantes de las casas Guerrero y Vanegas Arroyo, de información recogida de la tradición oral, y de los trabajos de Rubén M. Campos, Vázquez Santana, Herrera Frimont, Jesús Romero y Vicente T. Mendoza. Simmons divide su estudio en cuatro partes: en la primera, se refiere al origen del corrido y su función como documento histórico popular. La segunda parte la

dedica a los distintos personajes de la Revolución desde Porfirio Díaz hasta Miguel Alemán. En la tercera, explica las distintas ideologías y reformas que surgieron durante y después de la Revolución. La última parte se refiere a la relación de México con Estados Unidos durante esa época. Obviamente Simmons considera que, si bien los corridos no dan una versión completa de la historia, sí proporcionan la visión del pueblo y expresan cómo éste vio, sintió y entendió la Revolución, a veces en consonancia con la historia oficial, pero en otros casos de forma antitética o contradictoria.

Todos estos trabajos dan cuenta de los acontecimientos y muestran a los caudillos revolucionarios convertidos en héroes de un movimiento aparentemente unitario; sin embargo, ya desde el primer momento después de la caída de Porfirio Díaz (lo que de alguna manera señalaría el triunfo de la revolución propugnada por el Plan de San Luis del Partido Antirreeleccionista, redactado en octubre de 1910), las pugnas y luchas entre los que hoy se engloban como caudillos o héroes revolucionarios serán una constante.

Otro elemento importante de la visión corridística es el trato que en ocasiones se da a los líderes, y la presencia de figuras que en la historiografía oficial son menores o no tienen un lugar destacado o reconocido por haber cambiado de bando o haber seguido intereses más personales que sociales. Veamos lo que sucede con algunos personajes que llegaron a los corridos en los primeros años de la Revolución.

Después de los Tratados de Ciudad Juárez (21 de mayo de 1911), que implicaban la renuncia de Porfirio Díaz, lo que seguirá serán los alzamientos anarquistas impulsados por el Partido Liberal Mexicano de los magonistas; el no acatamiento de los acuerdos y, con ellos, de la figura de Madero por parte de Emiliano Zapata y sus seguidores, que a partir de entonces fueron perseguidos por el ejército y considerados delincuentes comunes, por lo que el 25 de noviembre de 1911 lanzan el Plan de Ayala; la rebelión en Oaxaca de José F. Gómez; la de José Inés Salazar con el Plan de Santa Rosa, a quien se unió Pascual Orozco con el Pacto de la Empacadora del 25 de marzo de 1912, todo lo cual culminó con el Pacto de la Ciudadela o de la Embajada de los seguidores de Bernardo Reyes y Félix Díaz de enero de 1913 y la llamada Decena Trágica, con la muerte de Madero el 14 de febrero de

1913 y los alzamientos de Francisco Villa y su División del Norte y del Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza.

Después Orozco apoyaría a Huerta y dejaría de ser “revolucionario”, al grado que Zapata dice que su lucha es contra Huerta y Orozco. El 20 de agosto de 1914 Álvaro Obregón y su ejército del Noroeste ocupaban la ciudad de México y Huerta dejaba la presidencia. Este año señala los conflictos entre Villa y Carranza. El Acto de Xochimilco en diciembre de 1914 sella la unión de villistas y zapatistas contra carrancistas, pero en junio de 1915 Pablo González, constitucionalista, toma la ciudad de México. En 1916 triunfa Carranza y entra en la ciudad de México cerrando la primera parte del proceso revolucionario.

En general el corrido, no sólo de este periodo, ofrece, a pesar del distinto tratamiento de los muchos tipos de personajes, una serie de constantes en la caracterización del héroe. Estos elementos también son bastante comunes en la definición de buena parte de los personajes de tipo novelesco de romances e historias populares del siglo XIX. Algunos de estos elementos constantes que definen al héroe, incluso del corrido “histórico”, desde una perspectiva novelesca son los siguientes: “la religiosidad, la valentía, la lealtad, la presunción, la relación con el padre o la madre, la generosidad, lo enamoradizo, el machismo, la afición al alcohol, la venganza, la crueldad, el orgullo, etc.” (González 1999: 85). También podemos hablar de que existe:

[...] una línea conductora en la caracterización de los personajes corridísticos que parte desde Macario Romero y otros textos anteriores, sigue por el corrido revolucionario con Villa y otras figuras de caudillos y jefes, pasando por figuras de bandoleros como Simón Blanco, para desembocar en estas figuras de nuestros días al margen de la ley. En todas estas figuras sobresale la caracterización tópica con elementos de comparación como el gallo, los comportamientos osados, la generosidad, el valor y la traición estableciendo un nexo entre el corrido de ayer y el de hoy (González 2003: 148).

Sin embargo, la historia de la Revolución, contada por los corridos se va a alejar del modelo que después volvería dominante la lectura oficial y, así, personajes que solamente son reconocidos hoy en día por la generalidad de las personas en cuanto que son el nombre de una calle o una plaza dedicada en algún momento, y no por sus acciones en el movimiento iniciado en 1910, tienen su lugar en el corrido y un tratamiento particular en cuanto protagonistas. El corrido también asume

las acciones de jefes que después fueron colocados en el lugar de los enemigos y, por tanto, marginados de la heroicidad que en ocasiones el corrido les otorga.

Como es de esperarse, el primer personaje que tiene una función protagónica en los corridos de la Revolución indudablemente es Francisco I. Madero, el abanderado del movimiento antireeleccionista y autor del mencionado Plan de San Luis, que de hecho da lugar a lo que después se identificará como la Revolución mexicana. A diferencia de otros héroes, a Madero se le define en los corridos, además de por la hombría habitual del héroe en los textos populares, por una serie de valores morales:

¡Ay! ¡Qué Madero tan hombre,
bonitas son sus *aiciones*!
[...]
Por fin seré feliz en la revuelta
al lado de Madero, hombre de honor
“Madero” (Mendoza 1944: 30-31).

En el caso de Madero su definición como héroe en el corrido resalta su figura magnánima y de dignidad ante el destino, y la simpatía y afecto que despertaba entre sus seguidores, como se puede observar en esta versión de “El cuartelazo felicista” publicada en una hoja suelta por la imprenta de Eduardo Guerrero:

Luego que llegó a Palacio
por el pueblo fue aplaudido,
porque de veras ese hombre
de todos se hizo querido.
Con su estandarte glorioso
que en la mano lo traía,
recorrió todas las calles,
pues temor no conocía.
Madero, estando en Palacio,
dijo: —¡Qué ingrata es mi suerte!
doy mi vida por el pueblo,
yo no le temo a la muerte.

Pero tal vez esto es posible porque se trata de un héroe cuya condición, más política que guerrera, así lo permite, lo cual no pasa con otros caudillos revolucionarios. Así sucede en este otro corrido, donde el tono del corridista en ocasiones rompe la distancia que comúnmente genera el tono épico y se vuelve de confianza y trato familiar:

Don Panchito Madero, magnánimo y patriota,
a nadie quiso que hicieran ya morir,
y tuvo que obligarles a Villa y a Orozco
a que ningún vencido lo hicieran sucumbir

“Toma de Ciudad Juárez” (Herrera Frimont 1934: 25-27).

La Revolución como tal fue generada por el movimiento de Madero y, por tanto, él es el personaje protagónico, pero es muy claro que fueron muchos cabecillas locales (lo cual recogen los corridos) con perspectiva regional los que se enfrentaron a las tropas porfiristas, levantándose en armas el fracasado 20 de noviembre de 1910. Uno de estos personajes fue Melesio García de León Arguijo, quien tuvo corta vida pues murió en la batalla por Matamoros de la Laguna (Coahuila) en febrero de 1911. El corrido de Melesio García se inicia afirmando su pertenencia al movimiento maderista:

Decía Melesio García:
“¡Viva Dios, es lo primero!
¡Vivan los hombres valientes
de don Francisco I. Madero!”

Pero el corridista, después de mencionar los nombres de los que se integraron a las fuerzas de García, mantiene el tono épico y triunfante, y su muerte no es una derrota ante el avance de las tropas porfiristas que hacen retroceder a las de Sixto Ugalde, a cuyas tropas se había incorporado. El corrido así lo cuenta:

Jesús Guajardo e Ismael Ramos
diez mil pesos ofrecían,
tan solo porque mataran
a don Melesio García.
En la plaza de Matamoros
mataron a don Melesio,
los mismos lo traicionaron,
por amor a diez mil pesos
ya con esta me despido
acordarme más no quiero,
éstos fueron los principios
de la guerra de Madero.

“Corrido de Melesio García” (Avitia 1997-1998: 10-11).

El personaje no adquiere dimensión heroica, pero su muerte a traición por la recompensa ofrecida por el mayor del ejército federal Ismael Ramos le da un sentido trágico a la lucha contra el gobierno porfirista.

Otra figura “menor” de ese sustento del movimiento maderista que fueron los alzados locales es Luis Moya, de Zacatecas, quien fue invitado al Plan de San Luis por Abraham González. En abril de 1911 Moya al frente de 400 hombres atacó Zacatecas. El planteamiento del corrido subraya el valor desde una perspectiva individual casi machista con una apuesta de por medio:

En mil novecientos once
se hicieron unas apuestas
a ver cual era el más hombre
y entraba a Zacatecas.
Ávila, Moya y Caloca,
como se entendían sus muecas,
apostaron dos mil pesos
al que entrara a Zacatecas.
Moya como era el más hombre,
luego los mandó llamar,
y les dijo que sesenta
lo tenían que acompañar.

Las fuerzas de Moya no lograron tomar Zacatecas, aunque sí entraron a la ciudad y el punto de vista maderista es el del corrido y, obviamente, la apuesta la gana Luis Moya, y, así, el corrido hacia el final dice:

Moya siguió su camino
sin mirar ya la ladera;
iba con muy pocos gallos,
pero de los de primera.
Vuela, gorrión pico de oro,
párate en aquella uva:
los maderistas entraron
por la calle de Tacuba.

“Corrido de Luis Moya” (Esparza Sánchez 1976: 54-55).

La caracterización del jefe revolucionario se hace a partir de tópicos de la literatura tradicional y del corrido no épico y, así, en el corrido que narra la muerte de Moya en Sombrerete, Zacatecas, se le caracteriza como torero valiente, jugando con el nombre del teniente Toro:

Domingo siete de mayo
y del año once al contar,
como a las tres de la tarde,
fue el ataque al comenzar.
Un jinete maderista,
desde el cerro de La Cueva,
gritaba a pulmón abierto:
“¡Ese Toro échenme fuera!”
Un soldado contestó:
“Moya no sabe torear,
tú échale bien el capote
porque te puede cornar”

“Corrido de la muerte de Moya” (Esparza Sánchez 1976: 56-58).

La muerte tiene lugar el lunes, día présago negativo de toda la tradición folclórica, y se expresa con absoluta síntesis con otra referencia también tópica: Troya.

El lunes oscureciendo,
pues esta guerra fue Troya,
pues una bala certera
mató al coronel Moya.

Es claro que en aquellos años la inestabilidad del país, los malos usos y la política prepotente de gobernadores y caciques favorecían los alzamientos. Estas figuras políticas de origen porfirista ahora estaban del lado del gobierno establecido de Madero, pero la situación de mal gobierno no cambiaba, así lo cuenta el corrido sobre José F. *Che* Gómez, quien se alza contra el gobernador Benito Juárez Maza y el jefe político de Juchitán, Oaxaca, Enrique León, quien desplazó a Gómez del poder político. Poco después *Che* Gómez recibe un salvoconducto firmado por Madero para que se traslade a México para una entrevista, pero es asesinado con ocho de sus seguidores en Rincón Antonio (hoy Matías Romero). Su lugarteniente Felipe López “El Teco” continúa la rebelión y varios meses más tarde, en mayo de 1912, llega a un arreglo político. La caracterización del personaje literario de *Che* Gómez sigue las pautas del modelo “hombre de valor”, tópico de los corridos:

En mil novecientos once
 los tecos se pronunciaron
 todos querían a *Che* Gómez
 porque era buen licenciado.
 Sin embargo, *Che* Gómez
 que era buena reata
 y preparó su trinchera
 y luego armó toda su gente
 con palos cuchillos y escopetas.
 Pobres de los federales
 ya se caían con desmayo
 no encontraban qué comer
 más que carne de mula y caballo.

“Corrido de Che Gómez” (Cruz 1983: 11-12).

En algunos casos el corrido revolucionario cuenta las acciones de personajes alejados del canon historiográfico de la Revolución mexicana. Ejemplo de esto puede ser el corrido “Tragedia de Teodoro Barajas”. Posiblemente Barajas se levantó contra el gobierno maderista local en San Pedro Piedra Gorda, Guanajuato, en 1912, integrándose al alzamiento de Pascual Orozco, aunque no logró entrar en contacto con los enviados de éste pues fue derrotado y muerto en un combate que tuvo lugar en el rancho de la Mora, cerca de El Sauce, en León, Guanajuato. Un corrido, recogido en una hoja suelta sin pie de imprenta, recoge la imagen heroica y valiente hasta la muerte de Barajas:

Hubo queja en Guanajuato,
 en esos cerros del Sáuz,
 Teodoro y Ramón Soto
 ya los tenían azorados.
 Entre las ocho y las nueve
 tocó Teodoro el clarín:
 “Muchachos, yo no les corro,
 aquí prefiero morir”.
 Estaba Teodoro Barajas
 en el rancho de la Mora
 nomás lo estaban cazando
 con una ametralladora.
 El veinticuatro de agosto
 hicieron un simulacro
 y mataron a Teodoro
 cerquita de Guanajuato.
 El Rayado se cortó,
 le dio vergüenza correr:
 “Yo le contesto a Barajas,
 ¡Hasta morir o vencer!”

“Tragedia de Teodoro Barajas” (Avitia 1997-1998: 68).

Una figura primero relacionada con Madero y después perseguida por el gobierno maderista es Benito Canales. El corrido sobre este personaje alcanzó una gran permanencia en la memoria popular, aunque el peso específico del personaje en la realidad histórica no haya sido muy destacada. Canales, originario de Guanajuato, huyó a Estados Unidos después de matar a un acreedor, ahí se afilió al Partido Liberal Mexicano y después se adhirió en Guanajuato al movimiento antirreeleccionista, aunque algunos historiadores lo sitúan en el grupo de Pascual Orozco y el Plan de la Empacadora (Avitia 1997-1998: 72). Cuando Canales se alinea con los Zapatistas empieza a ser perseguido por el gobierno maderista, que acaba con él el 15 de octubre de 1912 en Surumúato, Michoacán. El corrido relata la causa de su muerte con tópicos por demás novelescos como es el ir a ver a su amada:

El día catorce de octubre
que fecha tan desteñida:
murió Benito Canales,
la causa fue su querida.
Estaban en Villachuato,
se salieron pa' la orilla:
"¡Ay!" les decía a sus amigos:
"voy a ver a mi querida".
Decía don Jesús Ibarra:
"Váyase usted sin cuidado,
mañana a las diez nos vemos
en l' ojo de agua mentado".
Cuando llegó a las Maritas,
a la Hacienda de la Orilla,
"¡Ay!" les decía a sus amigos:
"¿dónde estará mi querida?"

(Razo Oliva 1983: 45-48).

Una figura importante en todo este periodo es Pascual Orozco. Simpatizante de Francisco Madero, se unió al movimiento antirreeleccionista y en 1910 sostuvo la primera de una larga serie de batallas que finalmente le valieron el título de Comandante de la Fuerzas Rurales del Estado de Chihuahua en 1911. Posteriormente se negó a combatir las tropas de Emiliano Zapata en el sur del país y convocó a una rebelión contra Madero, acusándolo de incumplimiento del Plan de San Luis. Madero ordenó a Victoriano Huerta combatir la rebelión. Las tropas de Huerta vencieron a los Orozquistas en Conejos, Rellano y Bachimba, y consiguieron tomar Ciudad Juárez. Orozco y Huerta, antes acé-

rrimos enemigos, unieron sus fuerzas el 27 de febrero de 1913. El gobierno golpista de Huerta lo mandaría a luchar contra Francisco Villa en el norte, quien lo derrotó en la batalla de Ojinaga; tras el triunfo del Ejército Constitucionalista, Orozco siguió a Huerta al exilio en los Estados Unidos. Esta oposición a Villa la recoge el famoso “Corrido de Durango” de Graciela Olmos:

En Durango comenzó
su carrera de bandido
en cada golpe que daba
se hacía el desaparecido.
Al llegar a La Laguna
tomó estación de Horizontes
desde entonces lo seguían
por los pueblos y los montes.
Pero un día allá en el noroeste,
entre Tirso y La Boquilla,
se encontraban acampadas
las fuerzas de Pancho Villa.
Gritaba Francisco Villa:
—Yo el miedo no lo conozco.
¡Que viva Pancho I. Madero!
¡Que muera Pascual Orozco!
Gritaba Francisco Villa
en su caballo tordillo
—En las bolsas traigo pesos
y en la cintura casquillos.—

Esta figura, originalmente en el movimiento revolucionario maderista, tuvo una clara importancia para el desenlace final, pues:

Sin el hábil freno que Orozco puso a los dorados de Villa en Chihuahua, el movimiento constitucionalista no habría tenido tres cabezas. Si las fuerzas irregulares de Orozco no hubieran impedido el paso al bien equipado ejército de Villa, dando tiempo a Obregón y a Carranza para obtener una serie de triunfos, el caudillo-bandido sin duda alguna hubiera llegado a la capital varios meses antes que sus compañeros del este y el oeste y la Revolución habría asumido un tono muy diferente (Meyer 1984: 127).

Otra figura del entorno orozquista fue Benjamín Argumedo. En los enfrentamientos previos al ataque de los alzados durangueños y laguneros a Torreón, el cabecilla *Cheché* Campos fue capturado y tras pedir, en una actitud totalmente novelesca, que le tocaran *El Pagaré* y *Se llevaron el cañón para Bachimba*, himnos extraoficiales del orozquismo, fue fusilado. A partir de ese momento, Benjamín Argumedo

quedó como jefe de los Colorados de Durango y La Laguna. Argumedo, nacido muy probablemente en Matamoros, Coahuila, primero fue maderista, después orozquista, más tarde huertista y finalmente convencionista. Después de la derrota de las tropas de la Convención en La Grunidora, Zacatecas, fue traicionado por su secretario y capturado en febrero de 1916 en Durango, donde fue fusilado. Las “Mañanas de Benjamín Argumedo” es uno de los corridos más populares, y en él se narra la persecución, captura, herida, despedida y muerte del general. Hacia el final el corrido de Inocencio Parra, asistente de Argumedo, toma un tono reflexivo sobre la muerte, lo que da una dimensión humana al héroe revolucionario:

Pues era un martes por cierto,
 presente tengo ese día,
 cuando lo sacó el reguardo
 de la penitenciaría.
 “Tanto *peliar* y *peliar*,
 con el máuser en la mano,
 para morir fusilado
 en el *pantión* de Durango”.
 Amigo no te señales,
 por riqueza ni estatura,
 pues todos somos iguales
 materia de *sepultura*.

Esparza Sánchez (1976: 78-82).

El corrido de la Revolución trató, además de los personajes que luego forman el canon de los héroes revolucionarios (Zapata, Villa, Carranza, etc.), a otros personajes que en su momento tenían gran actualidad o eran trascendentes en la perspectiva local. Los retrató con los recursos propios de la tradición baladística, y en ocasiones les dio incluso una dimensión épica o trascendente. Corresponde a un momento en que el género del corrido tiene una función narrativa noticiera, pero también son expresión de la creatividad popular, que en muchos casos se tradicionaliza, y la colectividad se apropia de ellas y comienza un proceso de variación que se distancia de las versiones monolíticas estáticas que genera la etapa oficial de la tradición revolucionaria de los años sesenta. Son personajes menores, incluso antagónicos a los héroes, pero forman parte del conjunto literario que reflejó la Revolución.

Bibliografía

- Aubague, Laurent (1976-1977): "El corrido de los años 40: naturaleza y significación de una crisis". En: *Controversia* (Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas, Guadalajara, Jalisco), 1, 1, pp. 32-41.
- Avitia, Antonio (1997-1998): *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia*. 5 vols. México, D.F.: Porrúa.
- Cruz, Víctor de la (1983): *Corridos del Istmo*. 2ª ed. aumentada. Juchitán: Ayuntamiento Popular de Juchitán.
- Esparza Sánchez, Cuauhtémoc (1976): *El corrido zacatecano*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Autónoma de Zacatecas.
- González, Aurelio (1999): "Caracterización de los héroes en los corridos mexicanos". En: *Caravelle*, 72, pp. 83-98.
- (2003): "Elementos tradicionales en la caracterización de personajes en el corrido actual". En: Pérez Martínez, Herón/González, Raúl Eduardo (eds.): *El folclor literario en México*. Zamora: El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma de Aguascalientes, pp. 135-148.
- Herrera Frimont, Celestino (1934): *Corridos de la Revolución*. Pachuca: Instituto Científico y Literario.
- Mendoza, Vicente T. (1944): *Cincuenta corridos mexicanos*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.
- (1954): *El corrido mexicano*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- (1956): *El corrido de la Revolución Mexicana*. Prólogo de Jesús Romero Flores. México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Meyer, Michael C. (1984): *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*. México, D.F.: Domés.
- Pérez Martínez, Héctor (1935): *Trayectoria del corrido*. México, D.F.: s.e.
- Razo Oliva, Juan Diego (1983): *Rebeldes populares del Bajío (Hazañas, tragedias y corridos 1910-1920)*. México, D.F.: Katún.
- Romero Flores, Jesús (1941): *Anales históricos de la Revolución Mexicana: sus corridos*. Con ilustraciones de Duhart, Leopoldo Méndez, José Guadalupe Posada, Pruneda y otros. México, D.F.: El Nacional.
- Simmons, Merle E. (1957): *The Mexican Corrido as a Source for Interpretative Study of Modern Mexico (1870-1950)*. Bloomington: Indiana University Press.